

más fuerza y rugía lleno de inquietud, como si temiera que las montañas, embriagadas de entusiasmo, fueran á precipitarse al abismo. Al mismo tiempo la luz crepuscular era tan apasionada como un chispeante beso.— Si— exclamé yo—el riente cielo besa á la amada tierra. ¡Oh Francesca, hermoso cielo, déjame ser tu tierra! Soy tan completamente terrestre, que suspiro por tí, cielo mío.

Así exclamaba yo, y extendía los brazos suplicantes (1), dándome con la cabeza contra algún árbol, al que abrazaba en vez de quejarme, y mi alma se estremecía en una embriaguez de amor..... cuando de pronto reparé en un bulto brillante de color escarlata, que me arrancó violentamente á todos mis sueños y me devolvió á la más refrigerante (2) realidad.

(1) La versión francesa dice: *en el éxtasis del deseo*.

(2) La versión francesa dice: *tibia*, pero la frase del original es *kühlsten*, cuya traducción es la que va en el texto.

## CAPÍTULO VIII.

Sobre un verde manchón de césped, y bajo un laurel copudo, estaba sentado Jacinto, el criado del Marqués, y á su lado su perro *Apolo*. Este último se hallaba más bien de pie, con sus manos puestas sobre las rodillas del hombrecillo de color escarlata, mirando curiosamente cómo éste, que tenía en sus manos un libro de memorias, escribía en él de cuando en cuando, se sonreía melancólicamente, sacudía su cabecita, exhalaba profundos suspiros, ó lleno de placer se limpiaba la nariz.

—¡Qué diablo!—le grité—Hirsch, digo, Jacinto, ¿escribes versos? ¡Vive Dios que los augurios son favorables! *Apolo* está á tu lado, y el laurel se inclina ya sobre tu cabeza.

Pero fuí injusto con el pobre diablo, que me contestó con dulzura:

—¿Versos? No; soy amigo de la poesía, pero no la escribo. ¿Qué había de escribir? No tenía nada que hacer, y para entretenerme estaba redactando una lista de los nombres de mis amigos que en otro tiempo jugaron en mi colecta. Algunos de ellos hasta me han quedado á deber algo..... No vaya usted á creer, señor Doc-

tor, que quería recordarle.... Tiempo hay para esto; usted es bueno para mí. Si hubiera usted jugado la última vez el 1.365 en vez del 1.364, sería usted ahora un hombre que tendría 100.000 marcos banco (1), y no necesitaría andar corriendo por aquí, sino que se estaría quietito en Hamburgo, tranquilo y contento, y pudiera hacerse referir, sentado en su sofá, el aspecto de Italia.

Así Dios me auxilie, que yo tampoco hubiera venido aquí, á no haber sido por amor al señor Gumpel. ¡Ah, cuánto calor, peligro y cansancio tengo que sufrir, y donde hay que hacer una extravagancia ó una insensatez, allí está el señor Gumpel, y yo á hacerlas con él! Hace mucho tiempo que le hubiese abandonado si él pudiera pasarse sin mí. Pero ¿quién iba después á referir en el país cuánto se le ha honrado y cuánto se ha civilizado en el extranjero? Pues, si he de decir la verdad, yo mismo comienzo á civilizarme mucho. En Hamburgo, gracias á Dios, no tengo necesidad de ello; pero ¡quién puede saber dónde irá uno á parar! Ahora el mundo es completamente otro, y tienen razón: un poco de civilización adorna á cualquiera. ¡Y qué honor se adquiere con ella! ¡Viera usted, por ejemplo, cómo me ha recibido y honrado esta mañana Lady Maxfield! Completamente como si fuera un igual suyo, y me dió un *francesconi* de propina, aunque la flor no había costado más que cinco *paoli*. Además, es un verdadero

(1) Moneda contante que vale 1 franco 88 céntimos

placer tener uno en su mano el pequeño y blanco pie de una hermosa dama.

No fué poca mi sorpresa al oír esta última observación, y pensé al momento: ¿Será esto una burla? Pero ¿cómo puede este miserable tener conocimiento de la dicha que acabo de encontrar en este día, cuando al mismo tiempo se hallaba él al lado opuesto de la montaña? ¿Se habrá dado allí acaso una escena parecida, y se manifiesta en esto la ironía del gran poeta dramático universal de allá arriba, que acaso hace representar mil escenas análogas, que al mismo tiempo se parodian unas á otras para regocijo de los ejércitos celestiales?

Sin embargo, ambas suposiciones eran infundadas, pues tras largas y repetidas preguntas, y después de haberle hecho promesa de no decir nada al Marqués, me confesó el pobre hombre que Lady Maxfield estaba aún en el lecho cuando él le llevó el tulipán, en el momento en que se disponía á recitarle su precioso discurso, apareció al descubierto uno de sus desnudos pies, y como notara en él un ojo de gallo, le pidió al punto permiso para cortársele, el que le fué inmediatamente concedido, y después le recompensó por la entrega del tulipán con un *francesconi* (1).

—Pero yo siempre lo hago por el honor—añadió Jacinto—y esto se lo he dicho también al Barón Rothschild cuando tuve la honra de cortarle los callos. Esto

(1) La versión francesa dice: *Me han recompensado—añadió el buen hombre—por la cura y la entrega del tulipán, con un francesconi.*

ocurrió en su gabinete; estaba sentado en su sillón verde como sobre un trono; hablaba como un rey; en torno suyo estaban sus corredores; él daba sus órdenes, y enviaba estafetas á todos los reyes, y como yo entretanto le cortaba los callos, pensaba para mi capote:—Tienes ahora en tus manos el pie del hombre que tiene en las suyas el mundo entero; luego ahora eres un hombre importante; si cortaras un poco más abajo, en lo vivo, se pondría de mal humor y cortaría él por arriba más cruelmente á los grandes monarcas.... ¡Fué el momento más feliz de mi vida!

—Comprendo la belleza de ese sentimiento, señor Jacinto. Pero ¿á qué individuo de la dinastía de los Rothschild le amputó usted de tal modo? ¿Fué acaso al orgulloso inglés (1), al hombre de Lombardstreet, que ha fundado una casa de préstamos para reyes y emperadores?

—Claro está, señor Doctor, que me refiero al gran Rothschild, al gran Nathan Rothschild, á Nathan el Sabio, en cuya casa ha empeñado el Emperador del Brasil su corona de diamantes. Pero también he tenido el honor de conocer en Francfort al barón Salomón Rothschild, y aunque no tuve el gusto de ser íntimo de su pie, supo no obstante apreciarme. Cuando el señor Marqués le dijo que yo había sido colector de lotería, el Barón repuso con mucha gracia: Yo mismo soy algo de eso;

(1) La versión francesa dice *bretón*, como siempre, por *británico*, cosas que hoy son muy distintas.

soy, á fe mía, el colector en jefe de la lotería Rothschild, y por mi vida, que mi colega no ha de comer con los criados, sino que se ha de sentar conmigo á la mesa.... Y tan cierto como Dios me ha de conceder todos sus dones, señor Doctor, me senté al lado de Salomón Rothschild, que me trató completamente como á un igual suyo, con toda familiaridad. Estuve también con él en el célebre baile de niños que se puso en los periódicos. No volveré á ver en los días de mi vida tanto lujo. Estuve también en Hamburgo en un baile que costó mil quinientos marcos y ocho chelines; pero esto era lo que una privada de gallina junto á un montón de estiércol. ¡Cuánto oro, plata y diamantes he visto allí! Cuántas cruces y encomiendas! La Orden del Halcón, el Toisón de Oro, la Orden del León, la Orden del Aguila.... Hasta un niño muy chiquitín, lo que le digo; un niño chiquitín, llevaba la de la Orden del Elefante. Los niños estaban bellísimamente enmascarados y jugaban á los préstamos; estaban vestidos de reyes, con corona en la cabeza; pero un joven ya tallado estaba vestido precisamente como el viejo Nathan Rothschild. Hacía su papel muy bien: llevaba ambas manos metidas en los bolsillos de sus calzones; hacía sonar el dinero y movía la cabeza con mal humor cuando uno de los reyezuelos le quería pedir algo, y sólo al pequeño del traje blanco y los calzones colorados era al que daba cariñosos golpecitos en las mejillas, diciéndole en son de alabanza: «Tú eres mi placer, mi favorito, mi orgullo; pero tu primo Miguel me va á dejar en cueros; no prestaré nada á ese

loco, que diariamente pierde más hombres de los que deben consumirse en un año, y por él habrá de ocurrir una desgracia en el mundo y habrán de sufrir mis negocios.» Tan cierto como Dios me ha de conceder todos los bienes, el joven hacía perfectamente su papel, sobre todo cuando cogiendo al niño grande, que estaba envuelto en una tela de satén blanco con lises de verdadera plata, por debajo de los brazos, le enseñaba á andar, y de cuando en cuando le decía: «Anda, niño, anda..... concúctete bien; aliméntate con moderación; ten cuidado de que no te vuelvan á arrojar, y no vuelva yo á perder mi dinero.» Aseguro á usted, señor Doctor, que era un placer oír al joven y también á los otros niños. ¡Inocentes criaturitas! hacían su papel perfectamente..... Hasta que les trajeron un bollo y empezaron á pelearse por el pedazo mayor, se arrancaron las coronas de la cabeza, gritaron y lloraron, y hasta hubo alguno..... (1).

(1) Añade la versión francesa: *cuyos calzones.....* ¡Comprendido!

## CAPÍTULO IX.

No hay nada más enojoso en este mundo que la lectura de la descripción de un viaje á Italia, á no ser quizá el escribirla, y sólo puede el autor hacerla hasta cierto punto llevadera, hablando lo menos posible de Italia.

A pesar de que hago bastante uso de este artificio, no puedo prometerle, querido lector, mucho entretenimiento en los capítulos que van á seguir. Si encuentras enojosas y pesadas las necedades que en ellos te ofrezca, consuélate pensando en mí que he tenido que escribirlas todas.

Te aconsejo que saltes de cuando algunas páginas, y así llegarás más pronto al fin del libro. ¡Ah, bien quisiera yo haber podido hacer lo propio! No vayas á creer que me bromeo; pues si fuera á decirte seriamente mi opinión sobre este libro, te aconsejaría cerrarle al momento y no leer una página más. Dentro de poco pienso escribirte algo mejor, y si en el libro siguiente nos volvemos á encontrar en la ciudad de Lucca con Matilde y Francesca, te habrán de agradar mucho más sus graciosos tipos que en el presente y aun en los siguientes capítulos.

¡Dios sea loado! Ante mis ventanas toca un organillo alegres melodías. Necesitaba mi entristecido ánimo se-

mejante distracción, especialmente ahora que tengo que describir mi visita á Su Excelencia el Marqués *Cristoforo di Gumpelino*. Voy á referir esta conmovedora historia con la mayor exactitud, palabra por palabra, en toda su sórdida pureza (1).

Era ya tarde cuando llegué á la morada del Marqués; y cuando entré en el cuarto estaba Jacinto solo, y limpiaba las espuelas de oro de su señor, quien, según pude ver, á través de la puerta entreabierta de su dormitorio, estaba arrodillado ante una Madonna y un gran crucifijo.

Has de saber, querido lector, que el Marqués, este hombre distinguido, es ahora un buen católico, que cumple estrictamente las ceremonias de la única Iglesia en que puede hallarse la salvación, y que cuando está en Roma hasta tiene un capellán particular por la misma razón por que en Inglaterra tiene los mejores caballos de carrera, y en París la más hermosa bailarina.

—El señor Gumpel está ahora rezando sus oraciones—murmuró Jacinto, sonriéndose con cierta importancia—y señalando hacia el gabinete de su señor—añadió en voz aún más baja: Así se pasa dos horas de rodillas todas las tardes ante la *Prima donna* del Niño Jesús. Es una preciosa obra de arte que le cuesta seiscientos *francesconis*.

—Y usted, Jacinto, ¿por qué no se arrodilla detrás de él? ¿Ó quizá no es usted amigo de la religión católica?

(1) *In ihrer schmutzigsten Reinheit.*

—Soy amigo y no soy amigo de ella—contestó moviendo la cabeza con aire pensativo.—Es una buena religión para un Barón elegante que puede estar ocioso todo el día y también para un aficionado á las bellas artes; pero no es religión para un hamburgués, para un hombre que tiene sus negocios; no es una religión, en fin, propia de un colector de lotería. Yo tengo que apuntar con la mayor exactitud los números que salen; y si por acaso pienso en el ¡*bom!* ¡*bom!* ¡*bom!* de una campana católica, ó flota ante mis ojos una nube de católico incienso, y me equivoco y escribo mal un número, puede suceder una gran desgracia. Con frecuencia le he dicho al señor Gumpel: Su Excelencia es un hombre rico y puede ser todo lo católico que quiera, puede incensar su conciencia de un modo completamente católico; hasta puede hacerse tan estúpido como una campana católica, porque usted tiene qué comer; pero yo soy un hombre de negocios que tengo que aplicar mis siete sentidos (1) para ganar algo. El señor Gumpel piensa, en verdad, que es necesario para civilizarse, y que si no me hago católico no comprenderé los cuadros que forman parte de la civilización, tales como los de Juan de Fiesel, de Correcchio, Carachio y Caravachio..... (2). Pero yo he pensado siempre que Correcchio y Carachio y Caravachio

(1) No sabemos cuáles serían los dos sentidos que tenía más este Sancho hebraico, á no ser el *práctico* y el de la *vanidosa necesidad*, que también tenía el célebre gobernador de la *Insula Barataria*.

(2) Por *Juan de Fiesel*, *Correggio*, etc.

no me han de servir de nada cuando nadie juegue en mi colecta, y entonces haré bancarrota. Al mismo tiempo debo confesar á usted, señor doctor, que la religión católica no me agrada lo más mínimo, y como hombre razonable ha de darme usted la razón. No veo qué placer puede haber en una religión que considera al buen Dios ¡Dios nos libre! como si acabara de morir, que huele á humo de incienso como en un entierro, y hace zumbar una música fúnebre tan triste, que se vuelve uno melancólico..... Le digo á usted que no es religión para un hamburgués.

—Y bien, señor Jacinto, ¿qué le parece á usted la religión protestante?

—Esa es, á mi juicio, más razonable, señor doctor; mas si no hubiera órgano en la Iglesia protestante, no sería tampoco una religión. Dicho sea entre nosotros, esta religión no hace ningún daño, y es tan clara como un vaso de agua, pero tampoco sirve para cosa alguna. Yo la he probado y me costó la prueba cuatro *marcos* y catorce *schellings*..... (1).

—¿Cómo así, mi querido señor Jacinto?

—Vea usted, señor doctor, yo pensé: Esta es, en efecto, una religión muy ilustrada, y carece de extravagancias y milagros; no obstante debe tener su poquito de extravagancia, y debe también hacer algún milagrillo por pequeño que sea, si quiere pasar por una religión

(1) Veinte reales y céntimos el marco; cinco reales el schelling, análogo al schelling inglés.

decente. Pero ¿quién ha de hacer aquí milagros? Pensé al ver cierto día en Hamburgo una iglesia protestante que pertenecía á la clase de las completamente frías, donde no hay más que bancos oscuros y paredes encaladas, y no pende de la pared más que una tablilla negra, en donde hay una media docena de cifras blancas (1). Tú eres acaso injusto con esta religión, pensé otra vez: quizá esas cifras puedan hacer un milagro tan bien como la imagen de la madre de Dios ó como un hueso de su esposo San José, y para apurar la cosa me fuí en seguida hacia Altona y jugué aquellos mismos números en la lotería de este punto; á los ambos, puse ocho *schellings*; á los ternos, seis; á las cuaternas, cuatro, y á las quinternas, dos *schellines*. Pero aseguro á usted, por mi honor, que ni uno solo de los números protestantes salió. Ahora ya sé á qué atenerme; ahora me digo: vaya con Dios una religión que nada puede, en la que ni siquiera sale un ambo. ¿Sería yo tan tonto que confiara á esta religión mi felicidad eterna, cuando le he confiado cuatro *marcos* y catorce *schellines*, y los he perdido?

—¿A qué le parece á usted más apropiada la antigua religión judaica, querido mío?

—Señor Doctor, déjeme usted de antigua religión judaica; no se la desearía á mi más cruel enemigo. No se saca de ella más que injurias y vergüenza. Le digo á usted que eso no es una religión, sino una desventura. Yo

(1) Que expresan los números de los psalmos que han de cantarse.

evito todo lo que puede recordármela, y porque Hirsch es una palabra judaica, que se dice en alemán *Hyacinth*, he enviado á paseo el antiguo Hirsch, y me firmo ahora: «Jacinto, colector, operador y tasador.» Además tengo hasta la ventaja de que ya hay una H en mi sello y no tengo necesidad de hacerme grabar otro nuevo. Aseguro á usted que importa mucho en este mundo el cómo se llama uno, porque hace mucho el nombre. Cuando yo me firmo: «Jacinto, colector, operador y tasador», suena de diferente modo, que cuando escribía Hirsch á secas, y ya no puede tratármeme como á un harapiento vulgar.

—¡Mi querido señor Jacinto! ¿Quién puede tratar á usted así? Tanto parece usted haber hecho en pro de su civilización, que antes de abrir la boca para hablar, se reconoce en usted al hombre ilustrado.

—Tiene usted razón, señor Doctor, he dado en mi educación pasos de gigante (1). No sé realmente, cuando vuelva á Hamburgo, con quién podré tratarme; y en lo que toca á la religión, sé lo que me hago. Por lo pronto, puedo servirme aún del nuevo templo israelita: hablo del puro culto mosaico con cantos alemanes ortográficos, sermones conmovedores y algunas pequeñas extravagancias que, después de todo, necesita una religión. Así Dios me conceda todos los bienes, como yo no deseo ahora ninguna religión mejor, pues merece ésta que se la proteja. Yo haré lo que pueda, por mi parte, y cuando esté de vuelta en Hamburgo, iré todos los sábados por la tarde

(1) El original dice: *giganta (riesen)*.

al nuevo templo, con tal que no sean días de sorteo. Por desgracia hay hombres que echan mala fama al nuevo culto israelita y afirman, con respeto sea dicho, que da ocasión á un cisma. Pero yo puedo asegurar á usted que es una religión buena y limpia, aun demasiado buena para la gente vulgar, para la que siempre será quizá muy útil la antigua religión judaica. La gente vulgar tiene sus necedades que la hacen feliz, y en ellas feliz se siente. Así es que un viejo judío con su larga barba y destrozado traje, que no habla una palabra con ortografía y que es hasta algo tiñoso, quizá se siente más íntimamente feliz que yo con toda mi civilización.

Vive en Hamburgo y en Baeckerbreitengang (1), en un chirivivil, un hombre llamado Moisés Lump (2), á quien llaman también Moisés Lämpchen (3) ó, para acabar más pronto, Lämpchen; que anda corriendo durante toda la semana, sufriendo vientos y lluvias, con su fardo á la espalda, para ganarse un par de marcos; cuando el sábado por la noche vuelve á su casa, encuentra encendidas las siete luces de su candelabro y la mesa cubierta con blanco mantel; arroja lejos de sí su paquete y sus cuidados, se sienta á la mesa con su mal fachada mujer y aun más mal fachada hija, come con ellos pescado cocido en una agradable salsa blanca de ajo, canta los más magníficos psalmos del rey David,

(1) En la *Travesía de Panaderos*.

(2) *Moisés Pingajo*. La versión francesa traduce el apodo *Lump* por *Loque*, que tiene idéntico significado.

(3) El diminutivo *Pingajillo*.

celebra de todo corazón la salida de los hijos de Israel del Egipto, y se alegra también de que al fin se hayan muerto todos los malhechores; esto es, los que le han hecho mal; de que hayan muerto el rey Faraón, Nebucadnesar, Hamán, Antioco, Tito y todas las gentes de su calaña, y de que aun viva Lämpchen y coma pescado con su mujer y sus hijos.—Y yo digo á usted, señor Doctor, que el pescado está delicado (1) y que el hombre es feliz, no necesita atormentarse por adquirir educación, dentro de su religión y de su bata verde se siente como Diógenes en su tonel, y contempla con gusto sus luces que ni siquiera despavila. Y digo á usted que si las luces ardieran mal, la mujer que ha de despavilarlas no estuviera á mano, y entrara el gran Rothschild con todos sus corredores, descontadores, expedidores y jefes de escritorio, con que ha conquistado el mundo, y le dijera:—Moisés Lump, pídemela una gracia y se hará lo que quieras. Señor Doctor, estoy convencido de que Moisés Lump le hubiera contestado tranquilamente:—¡Despabilame las luces! Y el gran Rothschild hubiera dicho con admiración:—¡Si no fuera un Rothschild, quisiera ser un Lämpchen!

Mientras Jacinto desenvolvía de este modo, con épica amplitud, según costumbre, sus ideas, levantóse el Marqués de su reclinatorio, y vino hacia nosotros, murmurando todavía algunos Padres nuestros, en el fondo de su nariz. Jacinto corrió una gasa verde sobre la imagen

(1) La versión francesa añade: *con la vieja salsa judía.*

de la *Madonna* que pendía encima del reclinatorio, apagó las dos velas de cera que ardían ante ella, cogió el crucifijo de cobre, y viniéndose con él junto á nosotros, se puso á limpiarle con el mismo trapo y con la misma escrupulosa conciencia con que había limpiado las espuelas de su señor. Pero éste estaba como derretido por el calor y los tiernos sentimientos; en vez de sobretodo llevaba un amplio dominó de seda azul con franjas de plata, y su nariz brillaba melancólicamente como un luis de oro enamorado.

¡Oh Jesús! suspiró al dejarse caer en los cojines del sofá. ¿No observa usted, señor Doctor, que esta tarde parezco muy exaltado? Estoy muy conmovido, mi alma se disuelve, suspira por un mundo mejor:

¡Mis ojos ven el cielo abierto,  
Se anega el alma en la beatitud! (1).

—Señor Gumpel, usted necesita purgarse—dijo Jacinto interrumpiendo la patética declamación—la sangre vuelve á correr vertiginosamente por sus entrañas; sé lo que usted necesita.....

—No sabes nada—suspiró el amo.

—Digo á usted que lo sé—replicó el criado—y su rostro bonachón y acuitado dibujó un extraño gesto. Le conozco á usted perfectamente, sé que usted es en un todo lo contrario que yo: cuando usted tiene sed, yo tengo

(1) Están bien mal hechos, lo mismo que los del texto alemán.



hambre; cuando usted tiene hambre, yo tengo sed; usted es demasiado corpulento, y yo demasiado flaco; usted tiene mucha imaginación, y yo tengo más bien el espíritu de los negocios; yo soy un práctico, y usted es un diarrético; para decirlo de una vez, usted es completamente mi antipoda.

—¡Ah Julia!—suspiró Gumpelino—si yo fuera la amarilla piel del guante que cubre tu mano y besa tu mejilla! ¿Ha visto usted alguna vez, señor Doctor, á la Crélinger en *Romeo y Julieta*?

—Sí, señor, y aun tengo el alma llena de entusiasmo....

—Entonces—exclamó el Marqués inspirado, echando fuego por los ojos y relumbrándole la nariz—entonces me comprende usted, entonces sabe usted lo que quiero decir, cuando le diga: ¡Yo amo! Voy á franquearme á usted por completo. Jacinto, vete....

—No tengo necesidad deirme—dijo éste con mal humor—no tenga usted ningún reparo por mí, conozco el amor, y sé ya....

—¡No sabes nada!—exclamó Gumpelino.

—En prueba, señor Marqués, de que lo sé, no necesito más que pronunciar el nombre de Julia Maxfiel. Tranquílese, usted es correspondido, pero de nada le sirve. El cuñado de su amada no le quita ojo, y la guarda día y noche como un diamante.

—¡Qué desgraciado soy!—gimió Gumpelino.—¡Amo y soy correspondido, nos estrechamos las manos en secreto, nos pisamos el pie por debajo de la mesa, nos ha-

ceamos señas con los ojos cuando encontramos ocasión! ¡Cuántas veces me pongo al balcón á la luz de la luna y me figuro que yo mismo soy Julieta, y que mi Romeo ó mi Gumpelino me ha dado una cita, y declamo lo mismo que la Crelinger:

¡Ven, noche; Gumpel, ven, de noche oh día,  
A descansar so las nocturnas alas,  
Cual la nieve del cuervo sobre el dorso!  
Ven, dulce, amada y pardo-obscura noche,  
Y mi Romeo dame ó Gumpelino..... (1).

—Pero ¡ah! Lord Maxfield nos espía continuamente, y ambos estamos muriendo de ansiedad! No veré el día que traiga una noche semejante, de esas en que las puras flores de la juventud se juegan todas á pérdida ó ganancia. ¡Ah! preferiría una noche así á ganar el premio grande de la lotería de Hamburgo.

—¡Qué disparate!—exclamó Jacinto—el premio grande, ¡cien mil marcos!

—Sí, preferible al premio grande—continuó Gumpelino—fuera para mí una noche así, y ¡ah! me la ha pro-

(1) *Romeo and Juliet*; act. III, escena 2.<sup>a</sup>, verso 17 y siguientes. El último verso termina en el drama de Shakespeare: (*and, when he shall die*), y cuando muera, y el primero dice:

*Come, night; come Romeo; come, thou day in night.*

Por lo que se ve el banquero pone su nombre en vez del de Romeo. La versión alemana que el banquero cita, ofrece algunas variantes de adjetivación en el cuarto verso, y enemigos de las traducciones nietas, hemos acudido al original inglés, en esta cita y en las siguientes.

metido muchas veces, para la primera ocasión, y me he dicho que ella declamará á la mañana siguiente como la Crelinger:

—¿Quieres irte? La aurora aun no despunta;  
Que fué del ruiseñor, no de la alondra,  
La aciaga voz que penetró en tu oído;  
Canta de noche allá sobre el granado:  
Créeme, mi bien, el ruiseñor fué solo (1).

—¡El premio grande por una sola noche!—repetía entretanto Jacinto, que no podía darse por satisfecho.—Tengo un gran concepto, señor Marqués, de su ilustración, pero nunca hubiera creído que fuera usted tan allá en sus extravagancias. ¡El amor ser preferible al premio grande! Realmente señor Marqués, desde que le trato como criado me he ido acostumbrando mucho á la civilización; pero sé muy bien que yo no daría la octava parte del premio grande por el amor. ¡Dios me libre de ello! Aun cuando contara quinientos marcos de descuento, quedarían aun doce mil marcos. ¡El amor! Aun sumando todo lo que el amor me ha costado, no encuentro más que unos doce marcos y trece schelines. ¡El amor! He tenido también en amor mucha suerte gratis, pues no me ha costado casi nada; sólo de cuando en cuando y por complacencia le he cortado á mi amada los callos. Una sola vez he tenido una adhesión verdadera, sentimental y apasionada, y esta fué por la gruesa Gúdula de Dreckwall.

(1) Id. id., act. III, escena 5.ª, cinco primeros versos.

La mujer jugaba en mi colecta, y cuando iba á renovar el lote, me ponía siempre en la mano un pedazo de bollo, pero de un bollo muy bueno; también me ha dado muchas veces confituras y un vasito de licor, y como me quejaba de estar molestado por los humores, me dió la receta de los polvos que usaba su marido. Uso estos polvos desde entonces hasta la hora presente, y hacen siempre su efecto. No tuvieron más consecuencia nuestros amores. He pensado, señor Marqués, que usted debía probar una vez dichos polvos. Lo primero que hice apenas llegué á Italia fué ir á una botica en Milán, mandar prepararlos, y los llevo siempre conmigo. Espere usted un poco, voy á buscarlos y si los busco los encuentro, y si los encuentro es preciso que Su Excelencia los tome.

Sería muy prolijo, si quisiera repetir el comentario con que el acuitado buscador acompañó cada uno de los objetos que encontraba en sus bolsillos. Salieron á luz: primero, un pedazo de bujía; segundo, un estuche de plata con los instrumentos para cortar callos; tercero, un limón; cuarto, una pistola, que aunque no estaba cargada, se hallaba envuelta en un papel, acaso para que su vista no ocasionara malos ensueños; quinto, una lista impresa de la última extracción de la gran lotería de Hamburgo; sexto, un librito en pasta negra, con los psalmos de David y las deudas activas; séptimo, una ramita de sauce seca, trenzada en forma de nudo; octavo, un paquetito envuelto en tafetán color de rosa desvaído, que contenía el pagaré de un billete de lotería que en otro tiempo ha-

bía ganado cincuenta mil marcos; noveno, un pedazo de pan plano semejante á una galleta con un agujerito en el centro; y, por último, décimo, los antedichos polvos que el hombrecillo contempló con cierta emoción y con un melancólico y admirativo movimiento de cabeza.

—Cuando pienso—suspiró—que hace diez años que la gruesa Gúdula me dió esta receta, que ahora estoy en Italia, la tengo en las manos y leo todavía las palabras: *sal mirabile Glauberi*, que en alemán quiere decir, sal extrafina de Glauber, de clase superior. ¡Ah! ¡se me figura que acabo de tomarla y que ya siento sus efectos! ¡Lo que es el hombre! ¡Estoy en Italia y pienso en la gruesa Gúdula de Dreckwall! ¡Quién lo hubiera pensado! Puedo figurarme que está ella ahora en el campo, en su jardín, donde se muestra la luna y quizá también canta un ruiseñor ó una alondra....

—¡Es el suiseñor y no la alondra, suspiró Gumpelino, declamando para sí:

Canta de noche allá sobre el granado,  
Créeme, mi bien, el ruiseñor fué sólo.

—Lo mismo da—continuó Jacinto—ó si quiere usted mejor un canario; pues las aves que se tienen en el jardín, son las que cuestan menos. Lo principal es la estufa, los tapices del pabellón y las estatuas que están delante de él, y allí hay, por ejemplo, un general de los dioses desnudo y la Venus *Urinia*, que las dos cuestan trescientos marcos. En medio del jardín se ha mandado hacer Gúdula una fuentequilla.... y allí está quizá en este

momento acariciándose la nariz y haciendo castillos en el aire, pensando en mí.... ¡Ah!

Tras este suspiro siguió una pausa sentimental, más al fin la interrumpió el Marqués, preguntando lánguidamente: —Dime por tu honor, Jacinto, ¿crees realmente que tus polvos son eficaces?

—Por mi honor le juro que obrarán—replicó aquél.— ¿Por qué no han de obrar? Obran sobre mí y ¡soy yo más que un hombre vivo y efectivo como usted? La sal de Glauber hace á todos los hombres iguales; y si Rothschild la tomara sentiría los mismos efectos que el más infimo de sus corredores. Voy á predecirle á usted todo: Echo los polvos en un vaso, vierto agua encima, los remuevo, y tan pronto como usted lo trague, hace un gesto de vinagre y dice: ¡brr! ¡brr! Después sentirá cómo se regodean allá dentro, se sentirá usted en un estado algo curioso. Se echa usted en la cama, y le doy mi palabra de honor, de que se vuelve á levantar, y á echarse otra vez y otra vez á levantarse, y así sucesivamente, pero á la mañana siguiente se siente usted tan ligero como un ángel de blancas alas, y baila usted de puro bienestar, sólo que estará un poco pálido; pero yo sé que á usted le gusta esa lánguida palidez, y cuando está lánguidamente pálido, le encuentran á usted bien....

Aunque Jacinto disertaba de tal modo, y preparaba los polvos, hubiera dado todo ello poco resultado, si no se le pasara de pronto al Marqués por la imaginación el pasaje en que Julieta apura la fatal pócima.

—¿Qué piensa usted, Doctor—exclamó él—de la Müller de Viena? La he visto hacer de Julieta, y ¡Dios mío, Dios mío! ¡cómo lo interpretaba! Soy, no obstante, el mayor entusiasta de la Crelinger, pero la Müller, cuando apura la copa me arrebató. Vea usted—dijo tomando con gesto trágico el vaso en que Jacinto había desleído los polvos.—Vea usted, así tenía la copa y se estremecía de tal modo que todos nos estremecíamos con ella, cuando decía:

Lento y frío terror cunde en mis venas  
Helando casi el fuego de mi vida (1).

Se ponía en la actitud en que yo ahora, llevaba la copa á sus labios, y al decir:

—¡Tente, Teobaldo!

¡Romeo, voy! ¡Lo bebo á tu salud! (2).

—¡Buen provecho, señor Gumpel!—dijo Jacinto en tono solemne; pues el Marqués, en su entusiasmo imitador, había apurado el vaso y dejádose caer en el sofá, fatigado por la declamación.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en esta postura; pues de pronto llamaron á la puerta y se presentó el pequeño jockey de Lady Maxfield, que saludando risueño al Marqués le entregó un billete y se retiró al momento. Apresuradamente abrió aquél la carta;

(1) *Romeo and Juliet*; act. IV, escena 3.<sup>a</sup>, versos 15 y 16.

(2) *Romeo and Juliet*; act. IV, escena 3.<sup>a</sup>, últimos versos.

mientras la leía brillaban de entusiasmo su nariz y sus ojos, pero de pronto una palidez cadavérica cubrió su semblante, la consternación agitó todos sus músculos, se levantó de un salto, gesticulando desesperadamente, rió de rabia, y corriendo en torno de la habitación, gritó:

¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!

—¿Qué es eso, qué es eso?—preguntó Jacinto con voz temblorosa, y apretando convulsivamente en sus temblorosas manos el crucifijo que se había puesto á limpiar de nuevo.—¿Nos van á atacar esta noche?

—¿Qué le sucede, señor Marqués?—le pregunté yo á mi vez con no menos asombro.

—Lean ustedes, lean ustedes—exclamó Gumpelino, arrojándonos el billete recibido y volviendo á recorrer la habitación tan desesperadamente, que su dominó azul ondulaba como una nube tempestuosa.

¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!

En el billete leímos las siguientes palabras:

«¡Dulce Gumpelino, en cuanto amanezca tengo que partir para Inglaterra. Mi cuñado ha partido ya y me espera en Florencia. Ahora no me observa nadie, pero ¡oh desgracia, por esta sola noche!..... Aprovechémosla, apuremos hasta la última gota la copa de néctar que nos ofrece el amor. Espero, tiemblo..... Julia Maxfield.»

—¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!—gimió Gumpelino.—El amor quiere ofrecirme su copa de néctar, y

yo ¡ah! ¡yo, vil juguete del destino, he apurado ya la copa de sal de Glauber! ¿Quién me sacaría del estómago el maldito brevaje? ¡Auxilio, auxilio!

—Nadie en la tierra puede auxiliarme ya—surpiró Jacinto.

—Compadezco á usted de todo corazón—le dije yo también condolido.—Tomar en vez de una copa de néctar un vaso de sal de Glauber, es cosa muy triste. ¡En vez del trono del amor le espera á usted ahora la silla de noche!

—¡Jesús, Jesús!—gritaba el Marqués continuamente.....—Siento como recorre todas mis venas. ¡Honrado boticario, tu pócima obra rápidamente, pero no me dejaré detener por eso, volaré á sus pies y allí derramaré mi sangre!

—Si aquí no se trata de sangre—dijo Jacinto procurando calmarle—no tiene usted *homérides* (1). No se deje usted dominar por la pasión.....

—No, no; quiero ir á su lado, á sus brazos..... ¡oh noche, oh noche!.....

—Le digo á usted—continuó Jacinto con filosófica alma—que no podrá hallar descanso en sus brazos, sino que tendrá que levantarse lo menos veinte veces. No se deje usted llevar por la pasión. Cuanto más salte por el cuarto, y más se altere, más pronto obrará la sal de Glauber. Su agitación ayuda á la naturaleza. Debe usted

(1) Tal vez Jacinto confunda éste como otros vocablos, y quería decir *hemorroides*.

soportar como un hombre lo que el destino ha resuelto acerca de su persona; si esto ha ocurrido quizá sea bueno, y quizá sea bueno que esto haya ocurrido. El hombre es un ser terrestre y no alcanza los decretos de la Divinidad. El hombre piensa con frecuencia que va al encuentro de la dicha, y en su camino encuentra acaso á la desgracia armada con un palo, y cuando un palo plebeyo cae sobre una espalda noble, se deja sentir bien, señor Marqués.

—¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!—rugía siempre Gumpelino, pero su criado seguía diciéndole tranquilamente:

—El hombre espera con frecuencia una copa de néctar, y se encuentra con un jarabe de garrote, y si dulce es el néctar, los palos son muy amargos; y aun es una verdadera dicha que el hombre que apalea á otro al fin se canse, pues de otro modo no podría verdaderamente el apaleado soportarle. Pero aun es más peligroso, cuando la desdicha acecha al hombre en el camino del amor con puñal y veneno, hasta el punto de no estar segura su vida. Acaso, señor Marqués, sea realmente un bien lo que ha pasado, pues acaso en el fuego del amor hubiera usted corrido á casa de su amada, y en el camino le hubiera á usted atacado un italianillo con un puñal de seis varas de largo, y le hubiera á usted....., no quisiera que mi boca se abriera para mal, herido aunque no fuera más que en una pantorrilla. Pues aquí no se puede llamar á la guardia como en Hamburgo, que en los Apeninos no hay guardia nocturna. Ó acaso tam-

bién—continuó el inexorable consolador sin que le perturbase en lo más mínimo la desesperación del Marqués—acaso también, cuando usted se hallara en casa de Lady Maxfield, bien sentado y al calorcillo, llegara de pronto el cuñado, de vuelta de su viaje y le asertara al pecho su pistola cargada haciéndole á usted firmar una letra de cien mil marcos. No quiero abrir mi boca para mal, pero pongo el caso de que usted fuera un hombre hermoso, y Lady Maxfield se desesperara al tenerle que perder, y celosa, como lo son las mujeres, no quisiera que hiciera usted feliz á otra después.... ¿Qué haría? Tomar un limón ó una naranja, echar unos polvitos dentro, y decir: Refresca, amado mío, te has sofocado de tanto correr...., y á la mañana siguiente estaba usted hecho realmente un hombre fresco. Había un hombre, llamado Pieper, que estaba apasionado por una joven á quien llamaban Juanita, el angelito de la Trompeta (1), y que vivía en la calle de *Kaffemacherei* y el hombre vivía en la de *Fuhlentwiete*....

—¡Hirsch—gritó furioso el Marqués, cuya intranquilidad había llegado á su grado máximo;—¡ojalá que tu Pieper de Fuhlenwiete y su ángel mofletudo de *Kaffemacherei*, y tú y tu Gúdula, tuvierais en el cuerpo mi sal de Glauber!

—¿Qué quiere usted decir, señor Gumpel?—replicó Jacinto, no sin cierto arrebató.—¿Qué culpa tengo yo

(1) La versión francesa le adjetiva: *bouffi*, mofletuda, porque sin duda tenía los carrillos abultados y rojos como se ponen al tocar la trompeta.

de que Lady Maxfield tenga que irse á Inglaterra esta noche precisamente, y de que precisamente hoy le invite á usted? ¿Podía yo preverlo? ¿Soy yo un Aristóteles? ¿Estoy empleado en la Providencia? Yo no he prometido más que los polvos han de obrar, y obrarán, tan seguramente como que he de salvarme, y usted con correr de acá para allá tan disparatada y violentamente, con esa rabia, no hace más que acelerar su efecto....

—¡Bien, me sentaré tranquilamente!—suspiró Gumpelino, golpeando el suelo con su pie, arrojándose furibundo en el sofá, y haciendo esfuerzos para reprimir su cólera. Largo rato se miraron en silencio amo y criado, hasta que al fin aquél, exhalando un profundo suspiro, y casi á media voz, dijo á éste:

—Pero, Hirsch, ¿qué pensará de mí esa señora, si no voy? ¡Me está esperando impaciente, temblorosa, encendida de amor!....

—Tiene un hermoso pie—dijo Jacinto para sí, agitando melancólicamente su cabecita. Pero su pecho parecía agitarse con violencia; bajo su roja envoltura trabajaba visiblemente un atrevido pensamiento....

—Señor Gumpel—dijo al fin en voz alta—envíeme usted á mí.

Y al decir estas palabras un rojo subido cubrió su pálido y acuitado semblante.